



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 6

CTX 113 CRISTOLOGÍA

Sobrino, Jon. “La persecución: clima de la vida de Jesús”. En *Jesucristo liberador: lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*, 310-317. San Salvador: UCA, 1991.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

muerte de Jesús, dejando para el siguiente su sentido teológico. Añadiremos después un capítulo sobre “el Dios crucificado”, cosa que ya se ha hecho en la teología europea con el conocido libro de J. Moltmann, para terminar con una meditación-reflexión sobre “el pueblo crucificado”, cosa que no suele hacerse en las cristologías, a pesar de que, después, al tratar de su resurrección, hablarán de Cristo como cabeza de un cuerpo histórico.

Huelga mencionar la importancia de estos capítulos para América Latina y para todo el tercer mundo, donde campea la cruz. Entre nosotros, la pregunta no es cómo hacer teología *después* de Auschwitz —tal como se repite desde Europa—, sino hacerla *en* Auschwitz, es decir, en medio de una espantosa cruz, y por ello decíamos al principio que el título de este libro no es cosa obvia y que muy bien pudiera titularse *Jesucristo crucificado*. Pero los creemos también importantes para todos los otros mundos, responsables en buena parte y, en cualquier caso, testigos, ojalá que no espectadores, de esa cruz histórica.

Digamos también que la cruz de Jesús remite a las cruces existentes, pero que éstas, a su vez, remiten a la de Jesús, y que son, históricamente, la gran hermenéutica para comprender por qué matan a Jesús, y, teológicamente, expresan en sí mismas la pregunta inacallable del misterio de por qué muere Jesús. Los pueblos crucificados en el tercer mundo son hoy el gran lugar teológico para comprender la cruz de Jesús. Y decimos esto porque, especialmente en estos capítulos, aparecen una serie de cuestiones importantes que no tienen una respuesta inequívoca desde la exégesis: la valoración de Jesús de su propia muerte, la historicidad de los juicios contra Jesús, las últimas palabras de Jesús en la cruz, etc. Nada tenemos que aportar a la dilucidación exegetica de estas cuestiones. Lo que sí quisiéramos recordar es que la cruz imperante en el tercer mundo mucho ilumina la coherencia con que es descrita, en su totalidad, la pasión y la muerte de Jesús.

1. La persecución: clima de la vida de Jesús

Puede discutirse si Jesús fue un revolucionario, directamente en el orden religioso e indirectamente en el orden socio-económi-

co-político, o simplemente un radicalizador de la mejor herencia de Israel. Lo que está fuera de discusión es que la predicación y la práctica de Jesús representaron una radical amenaza al poder religioso de su tiempo, e indirectamente a todo poder opresor, y que éste reaccionó. Jesús fue esencialmente “hombre en conflicto”², y por ello, fue perseguido. Este hombre en conflicto estorbó, y, dicho con la sencillez de las palabras de Mons. Romero, “se mata al que estorba”. El conflictivo Jesús estorbó, y con ultimidad, porque estorbó a los otros dioses y estorbó en nombre de Dios.

Ya hemos visto que Jesús propuso una alternativa *excluyente*. Pero como esa alternativa es también *duélica* —uno hace contra el otro—, es absolutamente comprensible que Jesús fuese atacado, rechazado y eliminado. Dicho según el esquema antes ofrecido, las divinidades (Dios de Jesús e ídolos) están en pugna. También lo están las mediaciones (el reino de Dios y el antirreino). Y de ahí que también lo estén los mediadores (Jesús y sus adversarios): “quien no está conmigo está contra mí” (Mt 12, 30; Mc 9, 40).

Esto es lo que los evangelios muestran con toda claridad, aunque no pueda precisarse con exactitud cuándo empezó la animadversión por parte de los dirigentes. En cualquier caso, así como decíamos antes que la tentación fue como el clima interno de la vida de Jesús, hay que decir ahora que la persecución constituyó su clima externo. “Los evangelios son fieles a la historia al afirmar que... simpatía y hostilidad constituyen desde el principio la trama de la vida de Jesús”³.

Las controversias antes estudiadas muestran ya cómo se plantea el problema objetivamente. “Si sus críticos no estaban dispuestos a reconocer que aquí se mostraba ‘el dedo de Dios’, sólo

2. Véase el libro citado de C. Bravo, *Jesús, hombre en conflicto*, en donde analiza la conflictividad de Jesús según el relato de Marcos. Sólo quisiéramos añadir que el título mismo concentra una realidad esencial de Jesús que no suele reflejarse en otras cristologías, y que, además del análisis exegético para justificarlo, el autor ha podido comprender el evangelio de Marcos como “una pequeña obra de vencidos”, porque escribe desde pueblos crucificados.
3. G. Bornkamm, *op. cit.*, 161.

quedaba (desde su punto de vista) una alternativa... De ahí la conclusión 'Arroja los demonios por parte de Beelzebul, príncipe de los demonios'; con otras palabras, era un hechicero"⁴. Y ya se sabe lo que los hombres hacen con hechiceros, sobre todo los hombres religiosos.

A continuación vamos a analizar el ambiente de persecución en contra de Jesús, y si lo hacemos con más detalle que lo habitual es para recalcar que su muerte tuvo en verdad causas históricas y que Jesús tuvo que ser bien consciente de ello. (Y, también, para que a Jesús pueda dársele el título de "el perseguido", tan importante en América Latina por la masividad y crueldad de la persecución).

1.1. La persecución según los sinópticos

Sea cual fuere la cronología histórica de la persecución a Jesús, ya en los comienzos de su vida pública se narran dos escenas de amenazas y persecución. Lucas narra, en la escena del comienzo de su misión en favor de los pobres, el primer ataque serio en su contra. La discusión versa sobre los signos de Jesús en su propia tierra de Nazaret, donde no quiere repetir los signos que ha hecho en Cafarnaúm. Lo que aquí está en juego pudiera ser recordar que "nadie es profeta en su tierra" (Lc 4, 24; Mc 6, 4; Mt 13, 57; Jn 4, 44), pero la conclusión del relato es que sus paisanos de la sinagoga, llenos de ira, lo sacaron de la ciudad y querían despedirlo (Lc 4, 28s).

A diferencia de este incidente más bien local y del tipo de disputa pueblerina, Marcos menciona la persecución a Jesús también muy pronto en su evangelio y por razones de más envergadura. Después de narrar la quinta controversia, cuando Jesús cura en sábado, muestra la reacción: "en cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos para ver cómo eliminarle" (Mc 3, 6par). Más aún, según la composición de la escena, ya "estaban al acecho para ver si curaba en sábado y poder así acusarle" (Mc 3, 2par).

4. Ch. Dodd, *op. cit.*, 151s.

En la etapa previa a Jerusalén, los evangelios cuentan cómo muchas de las preguntas que le dirigen escribas y fariseos están destinadas a ponerlo a prueba, para observarlo y encontrar una palabra de la que lo pudieran acusar. Así, lo ponen a prueba a propósito del divorcio (Mc 10, 2; Mt 19, 3), de una señal del cielo (Mt 16, 1; Mc 8, 11; Lc 11, 16), de curar en sábado (Lc 14, 1). Lucas termina la sección sobre los anatemas a escribas y fariseos con estas palabras: “Cuando salió de allí, comenzaron los escribas y fariseos a acosarle implacablemente y hacerle hablar de muchas cosas, buscando con insidias, cazar alguna palabra de su boca” (Lc 11, 53s).

El carácter progresivo de estas amenazas lo ha destacado Lucas con más exactitud que los otros sinópticos. En 6, 11, los escribas deliberan contra él porque ha curado en sábado. Lo mismo ocurre más masivamente en 11, 53, —una vez ya comenzada la subida a Jersualén—, y en 13, 31, los mismos fariseos le avisan de que Herodes quiere matarlo, aunque su intención pudiera ser simplemente que Jesús abandonara aquel lugar. Ya en el templo de Jerusalén los escribas y los sumos sacerdotes lo buscan para matarlo (19, 47s; 20, 19).

La culminación de esta progresiva persecución queda clara en todos los sinópticos. Una vez en Jerusalén, antes de la traición de Judas, es evidente que se acumulan las insidias contra Jesús y que los dirigentes —ahora más diversificados y que incluyen sobre todo a los sumos sacerdotes— quieren acabar con él. Todos los sinópticos describen cinco escenas en las que Jesús aparece corriendo peligro de su vida. En el relato sobre pagar el tributo al César (Mc 12, 13-17par) los fariseos y herodianos son enviados “a fin de sorprenderle en alguna palabra”. En el relato sobre la resurrección de los muertos (Mc 12, 18-23par), los saduceos tratan de desacreditarlo. El pasaje de la expulsión del templo (Mc 11, 15-19par) concluye con la deliberación de los sumos sacerdotes y escribas para darle muerte. También el pasaje de la parábola de los viñadores homicidas (Mc 12, 1-12par) concluye con la intención de detenerlo porque comprenden que iba dirigida contra ellos. Por último, Marcos y Mateo introducen en este lugar el pasaje sobre

el mandamiento principal (Mc 12, 28-34; Mt 22, 34-35) y presentan la escena también como tentación insidiosa contra Jesús. Todos estos pasajes concluyen con un sumario anterior a la traición de Judas: “los sumos sacerdotes y los escribas andaban buscando cómo podrían apoderarse de él con engaño y darle muerte” (Mc 14, 1; Mt 26, 3s; Lc 22, 1).

1.2. La persecución en el evangelio de Juan

El evangelio de Juan es el que muestra con más lujo de detalles que la persecución a Jesús jalona toda su vida. En los pasajes que citaremos a continuación con frecuencia aparecen “los judíos” como sus responsables. En la realidad, sin embargo, los enemigos principales de Jesús no son los judíos en su generalidad, sino los fariseos —que en cinco ocasiones son asociados a los “sumos sacerdotes”. En la pasión, éstos son los enemigos principales, aunque ya habían sido nombrados también antes, y desde Juan 18, 3, sólo aparecen los sumos sacerdotes, sin los fariseos, como los adversarios a muerte de Jesús. Desde un punto de vista histórico, la responsabilidad de los fariseos está, pues, exagerada y refleja la situación eclesial a partir del año 70, cuando se da ya el distanciamiento eclesial de la sinagoga; en cambio, la responsabilidad adjudicada a la aristocracia sacerdotal es histórica⁵.

Como hemos dicho, en Juan se analiza en detalle el clima de persecución a lo largo de la vida de Jesús. Ya en los comienzos de su primera estancia en Jerusalén, Jesús desconfía de los judíos (2, 24). En su segunda estancia, “los judíos perseguían a Jesús porque hacía todas estas cosas en sábado... trataban con mayor empeño de matarlo, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (5, 16.18).

Cuando sube a Jerusalén para la fiesta de las tiendas, “andaba por Galilea y no podía entrar por Judea porque los judíos le buscaban para matarle” (7, 1) y se preguntaban “¿dónde andará éste?” (7, 11). Ya en el templo, les preguntaba Jesús: “¿por qué quieren matarme?” (7, 19). “Entonces quisieron detenerle, pero

5. R. Aguirre, *op. cit.*, 1058s.

nadie le echó mano porque todavía no había llegado su hora” (7, 30). “Se enteraron los fariseos que la gente hacía estos comentarios acerca de él y enviaron guardias para detenerle” (7, 32). En nuevas discusiones sobre Jesús “algunos de ellos querían detenerle” (7, 44), y en una discusión con los fariseos Jesús da testimonio de sí mismo, enseñando en el templo “y nadie le prendió porque todavía no había llegado su hora” (8, 20). Al final del discurso “tomaron piedras para tirárselas, pero Jesús se ocultó y salió del templo” (8, 59).

Los padres del ciego curado por Jesús tienen miedo a declarar “por miedo a los judíos, pues los judíos se habían puesto ya de acuerdo en que si alguno le reconocía como Cristo, quedaría excluido de la sinagoga” (9, 22). En la fiesta de la dedicación, al final del discurso, “los judíos trajeron piedras para apedrearlo” (10, 31), “querían prenderle, pero se les escapó de las manos” (10, 39).

En camino hacia Betania para visitar a la familia de Lázaro “le dicen los discípulos: ‘Rabbi, ¿con qué hace poco los judíos querían apedrearte y vuelves allí?’” (11, 8). Después de la resurrección de Lázaro muchos discípulos creyeron en él; se reunieron los fariseos con el consejo de Caifás, y “desde ese día decidieron darle muerte. Por eso Jesús no andaba ya en público entre los judíos” (11, 53s). En la fiesta de su última pascua, “los sumos sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes de que, si alguien sabía dónde estaba, lo notificara para prenderle” (11, 57).

1.3. Jesús “el perseguido”

Este recorrido por los evangelios lo hemos hecho detalladamente porque la persecución a Jesús muestra varias cosas importantes.

(a) Ante todo, sea cual fuere la historicidad de todos los detalles, en los evangelios aparece una persecución mantenida y progresiva, de modo que el final de Jesús no fue casual, sino la culminación de un proceso histórico y necesario. La muerte de Jesús no hay que comprenderla, pues, como “trágico final” que produciría un *idolum ex machina* —en simetría con el “final feliz” que

suele producir el *deus ex machina*. El “tiempo”, como dimensión estructural de la realidad, está contra Jesús. Y esto es importante recalcarlo en la actualidad para captar el aspecto de culminación que tienen los asesinatos de los mártires actuales, y para no reducirlos a una anécdota muy cruel de la historia, sino para comprenderlos como algo que se veía venir, porque la historia en sí misma es cruel.

(b) En los evangelios se nombran varios tipos de responsables de la persecución: fariseos, sumos sacerdotes, escribas, saduceos, herodianos, aunque desde un punto de vista histórico haya que determinar dónde reside la responsabilidad fundamental. Lo importante es que todos ellos son grupos que tienen, directa o indirectamente, algún tipo de poder: económico, político, religioso, ideológico, religioso-ejemplar, policial-militar... y que todos estos grupos convergen, de hecho, en la persecución. De nuevo, es esto un signo de que es la totalidad de la realidad la que reacciona contra Jesús. La analogía con lo que ocurre en la actualidad es más que evidente, y es importante recalcarla, para no pensar que Jesús sufrió un extraño destino que no sea el común en estos casos.

(c) El pueblo, las mayorías a las que se dirigía Jesús, no aparece entre los responsables de la persecución. Se podrá discutir si comprendieron bien o no el mensaje de Jesús⁶, pero no lo persiguen, más aún, son una defensa objetiva para Jesús, pues el “temor al pueblo” impide que lo apresen. Esta constatación ayuda a comprender también quién era el destinatario de la práctica de Jesús, y pone en guardia, desde un punto de vista histórico, contra la precipitada generalización teológica de que lo que llevó a la muerte a Jesús fueron los pecados de todos por igual. De nuevo, la analogía aquí es sumamente importante. En los evangelios no se habla de que el pueblo traicionara a Jesús o buscara su muerte,

6. E. Schillebeeckx, *op. cit.*, 269-273 se inclina por la opinión de que Jesús fracasó también de alguna manera con la gente. Pero sea de esto lo que fuere, hay que recalcar que una cosa es que la gente no lo hubiese entendido y hubiese quedado defraudada en sus expectativas —aunque la aclamación a la entrada de Jerusalén no lo corrobora— y otra que hubiera participado en la persecución, lo cual no es históricamente verosímil.

y, por lo tanto, de que Jesús murió por los pecados de todos de igual forma. Y esto es muy importante tenerlo en cuenta en el análisis *histórico* de por qué matan a Jesús y de por qué existen hoy pueblos crucificados, sea cual fuere el posterior análisis de la relación entre pecado y muerte de Jesús.

(d) Las causas aducidas para la persecución son variadas, históricas unas, teologizadas otras (sobre todo en Juan). Pero en el fondo, no son otras que las denuncias de Jesús contra el poder opresor, el poder religioso en directo, en cuyo nombre se justificaban otros. La persecución se ocasiona porque Jesús ataca a los opresores (dimensión histórica), quienes, además, justifican la opresión en nombre de Dios (dimensión transcendente). Y, atacándoles a ellos, defiende a sus víctimas.

(e) La persecución real, mantenida y progresiva muestra objetivamente que “el conflicto no es algo puntual, accidental”⁷, y, subjetivamente, que es un proceso que “Jesús asume de manera cada vez más lúcida... no sólo lo sufre, sino que lo provoca”⁸. Esto hace evidente que Jesús tuviera que tener conciencia de un posible desenlace final trágico. Y esto es importante para caer en la cuenta de la libertad de Jesús y, en definitiva, del amor de Jesús. Si la cruz, en las teologías sublimes de Hebreos, Pablo y Juan, va a ser manifestación de amor, una prueba histórica de ello —tan abundante en nuestros días— es que Jesús se mantiene conscientemente en el conflicto a sabiendas de sus consecuencias. Y con esto entramos en el siguiente apartado.

2. La conciencia de Jesús en medio de la persecución

2.1. La conciencia de una muerte probable

Jesús sabía que Herodes, el sanedrín y los romanos tenían poder para dar muerte y que la persecución contra él podría llevarlo a ello. Sin embargo, se mantuvo firme en la persecución, lo cual confirma su fidelidad a Dios y la ultimidad de su misericordia hacia los hombres.

7. C. Bravo, *op. cit.*, 237.

8. *Ibid.*, 237 y 239.